



## CAPITULO VI

La señora de Chantal se pone definitivamente bajo la dirección de San Francisco de Sales. — Sus primeras conversaciones y cartas primeras.

1604

Es cosa encantadora el leer en los autores de la época la relación de las primeras entrevistas de San Francisco de Sales y de la señora de Chantal, y así nada mudaremos, dándola en toda su sencillez.

«Por más que se apresuró—dicen los antiguos biógrafos,—no pudo llegar nuestra Santa á Dijón hasta el primer viernes de Cuaresma. La misma tarde fué á oír el sermón del bienaventurado. En cuanto le vió sentado en el púlpito, le reconoció por el mismo que Dios le había manifestado. Entonces, llena de alegría, y deseando verle, oírle y contemplarle más á su gusto, hizo poner su silla en el lado opuesto y en un sitio desde donde podía verle de frente.

»Por su parte, el Santo Prelado, aunque atento á su discurso, notó á esta viuda entre todas las demás señoras, y tuvo un dulce recuerdo de su visión en el castillo de Sales. Verdad es que la atención y la acción del sermón se le hacían casi imperceptible; pero no obstante, había podido reconocer muy bien á la persona que Dios le había manifestado en aquella ocasión, y con santa

curiosidad de saber quién era, habiendo encontrado al Ilmo. de Bourges, le dijo: «Decidme, os ruego, ¿quién es una señora joven, morena clara, vestida como viuda, que se pone en el sermón enfrente del púlpito y oye con tanta atención la palabra de Dios? » El ilustrísimo de Bourges se sonrió, y supo dar exacta razón de quién era, y nuestro bienaventurado se alegró mucho de saber que era su hermana, porque estos dos grandes Prelados habían empezado á contraer una generosa y grande amistad » (1).

Andrés Fremiot, Arzobispo de Bourges, de quien se habla aquí, no es otro que aquel joven Andrés, cuya cabeza había estado tan expuesta quince años antes durante las guerras de la Liga. Enviado á París en 1591 para acabar los estudios, supo hacerse notar por la viveza y talento que le distinguían, y recibió el birrete de doctor en la célebre Universidad de esta ciudad. Vuelto á Dijón y nombrado consejero del Parlamento, aunque apenas tenía veintiséis años, creyó todo el mundo que un día se sentaría en la silla presidencial de su padre; pero de repente cambiaron sus ideas y se inclinó hacia el estado eclesiástico. Dejó, en efecto, la toga, recibió los primeros Ordenes sagrados y fué nombrado, aun antes de su promoción al sacerdocio, Arzobispo de Bourges y Abad de San Esteban de Dijón. Enrique IV, que le quería mucho por ser hijo del Presidente Fremiot, añadió á estas dignidades bienes considerables situados en el cantón de Gex, olvidando al dárselos que había hecho ya donación de ellos al Santo Obispo de Ginebra para establecer curas católicas. Con esto tuvo San Francisco de Sales que entablar un pleito contra el joven Arzobispo de Bourges, cuando quiso entrar en posesión de estos bienes. Este pleito se había ya juzga-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 42.—*Vida del bienaventurado Francisco de Sales*, por Carlos Augusto, pág. 315.

do en primera instancia, perdiéndole San Francisco de Sales, el cual apeló al Parlamento de Borgoña. En estas circunstancias fué cuando convidaron á San Francisco de Sales á venir á predicar á Dijón. Además de que el impulso divino le instaba para que aceptase, una de las razones que á ello le determinaban era el deseo de conferenciar con el joven Arzobispo de Bourges, y si era posible, arreglar amigablemente este asunto. Esperaba más éxito de algunas explicaciones amistosas, que de todos los abogados y de todas las sentencias, y á la verdad no se engañó. Apenas vió á San Francisco de Sales el Ilmo. de Bourges, cuando quedó hechizado, y desde el primer día le cedió todos sus derechos. De esto resultó entre los dos Obispos una de esas amistades fuertes y sólidas que nada puede romper, y que fué para el joven Andrés una honra para toda su vida y una gran compensación de los sacrificios que había hecho. De esta amistad nacieron las relaciones de San Francisco de Sales con el Presidente Fremiot, y en consecuencia con su hija la Baronesa de Chantal.

El alojamiento que ocupaba San Francisco de Sales durante la Cuaresma, ayudaba también á estas relaciones. Era una hermosa fonda edificada recientemente al estilo del reinado de Francisco I, no muy grande, pero de un gusto exquisito, levantada en el barrio noble de la ciudad, en el fondo de un hermoso y grande patio rodeado de árboles frondosos, bajo los cuales podía el Santo preparar sus sermones y rezar su Breviario: una verdadera morada de Obispo, y Obispo solitario. Por una feliz coincidencia, esta fonda pertenecía al señor de Villers, abogado del Rey, rico y muy piadoso, amigo íntimo del Sr. Presidente Fremiot, y marido de aquella señora de Villers, tan amiga de la señora de Chantal (1).

(1) Archivos municipales de Dijón. *Acuerdos del Concejo de la ciudad*,

En fin, para concluir de expresar las circunstancias que ayudaron á las relaciones del Santo Obispo de Ginebra con nuestra Santa, diremos que apenas apareció en Dijón, cuando excitó un entusiasmo general. No era bastante oírle en público; era menester verle en particular, hablar con él, embriagarse, si así puede decirse, con su palabra, no solamente santa, sino también discreta, sencilla, elegante y amable; pero como le tenían asediado con las confesiones y los sermones, y sólo le dejaban libre á la hora de sus comidas, se disputaban el convidarle á comer, sobre todo los Presidentes y principales magistrados. El Sr. de Fremiot iba siempre á estas reuniones y llevaba á su hija, como era natural: de este modo arreglaba Dios todas las cosas para que la señora de Chantal viese á menudo á San Francisco de Sales.

Pero en ninguna parte disfrutaba mejor de la conversación del Santo que en casa del Presidente Fremiot, y á ninguna parte iba con más gusto el Santo Obispo (1). «Todo el mundo—nos dice por sí mismo este bienaventurado,—todo el mundo me festeja y me sonríe en esta casa (2).» El buen Presidente, primero, á quien San Francisco de Sales amaba como á un padre, y cuya magnífica biblioteca venía á consultar y admirar; el Arzobispo de Bourges, después, en el que encontraba tan sincera bondad de alma y de corazón, y que esti-

«9 de Marzo de 1604. Se darán 150 libras por la manutención del ilustrísimo Sr. Obispo de Ginebra, que debe predicar en la santa capilla: esta suma se entregará en mano de la mujer del abogado Villers, en cuya casa se alojará dicho Sr. Obispo.—21 de Mayo de 1604. Cuenta con el Sr. de Villers y su mujer, por el gasto del Sr. Obispo de Ginebra, 100 sueldos al día.» La fonda en donde estuvo San Francisco de Sales existe aún, calle Vannerie, núm. 41, en el fondo del patio. Se le llama vulgarmente el pabellón de San Francisco de Sales.

(1) «El Santo Obispo iba á menudo á comer á casa del Presidente Fremiot.» (*Vida compendiada*, de Bussy-Rabutin, cap. XI.)

(2) *Carta de San Francisco de Sales al Presidente Fremiot*, 8 de Octubre de 1604.

maba como una de las almas más francas y sencillas en la amistad, y la señora de Chantal, de quien nada decía por temor de no decir bastante. «Y el Sr. Presidente de Cuentas—añadía en su carta al Sr. de Fremiot,—vuestro buen hermano, ¿no os ha dicho que él también me ama muy de veras? Nadie, ni aun el pequeño Celso Benigno, ni vuestra Amada (1), han dejado de acariciarme en vuestra casa.» En medio del noble interior de esta familia, y, por decirlo así, en este amable cuadro, se nos aparece Santa Juana Francisca en sus relaciones con San Francisco de Sales.

Se han conservado varios fragmentos de las primeras conversaciones de los dos Santos; fragmentos muy cortos, pero admirables, en que la dulzura del uno, la fortaleza de la otra, la elevación y el desasimiento de los dos, brillan con dulce resplandor.

Un día que la señora de Chantal había ido á comer, un poco más compuesta y adornada: «Señora—le dijo el bienaventurado—¿pensáis en volveros á casar?»

—¡Oh! no, Ilmo. Señor—respondió ella con viveza.

—Pues entonces—replicó el Santo—es menester quitar la muestra.

Comprendió muy bien la Santa lo que quería decir, y al otro día quitó de su traje ciertos adornos y primores permitidos á las señoras de su clase después del segundo luto.

Otro día notó San Francisco de Sales ciertos encajitos de seda en su adorno de crespón. «Señora—la dijo,—¿dejaríais de estar decentemente vestida aun cuando no llevaseis esos encajes?» Esto bastó, y aquella misma noche los descosió al desnudarse.

Otra vez, viendo unas borlas en los cordones de su cuello, la dijo el bienaventurado con su ordinaria dulzura: «Señora, ¿no estaría bien sujeto vuestro cuello

(1) Son los dos hijos mayores de Santa Juana Francisca.

aun cuando no tuviera al cabo del cordón esa invención?» Volviéndose al momento, tomó unas tijeras y cortó por sí misma las borlas (1).

Estos son sacrificios muy pequeños, se dirá; sí, sin duda; pero estos pequeños sacrificios en una historia que nos reserva para después otros tan brillantes, ¿no nos dan luces muy claras acerca del carácter de San Francisco de Sales y de la señora de Chantal? Mirad bien á este santo Obispo en su verdadero carácter; amable, ingenioso, siempre con la sonrisa en los labios, austero, no obstante, tanto al menos como oportuno, cubriendo de flores la Cruz, pero sin quitarla su amargura; haciendo entrar á las almas como por vía de juego en el austero camino de la simplicidad y del desasimiento, que es el verdadero camino cristiano. Al mismo tiempo vemos el fuerte y generoso carácter de la señora de Chantal, su prontitud en la obediencia, su ansia de conocer la voluntad de Dios, su ardor en cumplirla, y ese vigor de alma que jamás retrocederá delante del sacrificio.

Uno de los caracteres más admirables de los Santos (y en esto no se parecen á los grandes hombres del mundo), es que cuanto más cerca se les ve en la intimidad de la vida privada, conmueven más é infunden más respeto. La señora de Chantal lo advertía cada día más. Lo que sabía del Santo, lo que en él había admirado cuando le veía en el púlpito, todo eran sombras después que tenía el consuelo de contemplarle de cerca. «Yo admiraba—dice,—cuanto hacía y decía, mirándole como un ángel. Su aspecto, tan digno y santo, me hacía tal efecto, que no me era posible apartar los ojos de su angélica persona. Sus palabras no me edificaban menos: hablaba poco, pero de un modo tan juicioso, tan

(1) *Segunda Memoria de la Madre Luisa Dorotea de Marigny. — Proceso de canonización*, tomo II, pág. 976. — *Memorias de la Madre de Chauvy*, pág. 42.

dulce y tan propio para satisfacer á los que le consultaban, que yo no conocía felicidad igual á la de estar á su lado y oír las palabras de sabiduría que salían de su boca; y para esto, como para ver la santidad de sus acciones, me hubiera creído muy feliz siendo la última de sus criadas.»

Por su parte, San Francisco de Sales admiraba cada día más la humildad, la modestia y el fervor santo de la bienaventurada. «¡Oh!—decía—Dios la hará un día una Santa Paula, Santa Angela, Santa Catalina de Génova, y otras semejantes y Santas viudas.» Y añadía: «No se puede reunir más grandeza de espíritu con humildad más profunda: es sincera y sencilla como un niño, con un juicio sólido y elevado, alma grande, y un valor para las empresas santas superior á su sexo.» Comunmente repetía, para expresar su pensamiento: «En Dijón encontré yo lo que Salomón no halló en Jerusalén: una verdadera mujer fuerte en la señora de Chantal.» Con esta recíproca admiración de las virtudes de uno y otra, preparaba Dios estas dos almas á las íntimas relaciones que debían contraer para su gloria.

Además de los sermones solemnes que predicaba en la santa capilla en presencia de la Municipalidad y del Parlamento, San Francisco de Sales reunía á todas las señoras piadosas de la ciudad en la casa recién establecida de las Ursulinas, y les hacía pláticas en que les instruía sobre la vida devota (1).

La señora de Chantal no faltaba jamás á estas instrucciones tan sencillas y familiares, en las que el corazón de San Francisco de Sales, explayándose á su gusto, encontraba acentos que penetraban los corazones de todas. Mil veces, al salir de estas reuniones, conmovida y como embalsamada con el perfume de

(1) *Crónicas de la Orden de las Ursulinas, recogidas para uso de las mismas religiosas*, por D. M. P. V.; París, 1673, un vol. en 4.º, pág. 162.

virtud que había respirado, se sentía vivamente impulsada á ir á echarse á los pies del Santo Obispo y abrirle toda su alma. «Me moría de deseos—escribía algún tiempo después (1),—pero el miedo de faltar á mi voto me detenía siempre.» Así se pasaba la Cuaresma y se entraba en la Semana Santa sin que se hubiese atrevido á decir una sola palabra de su conciencia al bienaventurado Obispo de Ginebra.

El Miércoles Santo se vió de repente asaltada de una violenta tentación de desaliento que ya conocía por experiencia. Por casualidad estaba ausente su director, y no sabiendo dónde encontrar socorro, fué á casa de su hermano y le pidió le proporcionase poder hablar una palabra á San Francisco de Sales, que aquel día comía con él. «Habiendo concluido la comida, el Arzobispo de Bourges (dice Carlos Augusto) presentó su hermana al bienaventurado y halló medio de dejarlos solos, aunque á la vista de varias personas, y hablaron largo tiempo.» Después San Francisco de Sales bajó á la iglesia, y nuestra Santa, de rodillas á los pies de aquel que debía leer tan profundamente en su alma, le abrió tímidamente y por primera vez su corazón. «Volví tan contenta y tranquila—decía después,—que me parecía haber oído á un ángel. Y no obstante—añade,—los escrúpulos de mi voto me apretaban tanto, que no me atrevía á hablar sino á medias (2).»

Al otro día, jueves, se verificó en la iglesia abacial de San Esteban una ceremonia que conmovió profundamente á la señora de Chantal. Su hermano, Andrés Fremiot, nombrado para el Arzobispado de Bourges, debía decir su primera Misa. Había sido ordenado de Sacerdote el Sábado de Pasión, y, por consejo de San Francisco de Sales, había esperado hasta el Jueves

(1) *Memorias autógrafas de Santa Juana Francisca*, Archivos de Annecy, manuscrito en 4.º

(2) *Ibid.*

Santo para ofrecer por primera vez el Santo Sacrificio, en el mismo día que lo había instituido Jesucristo. El bienaventurado Obispo de Ginebra asistía al nuevo celebrante, y un gentío inmenso llenaba la iglesia.

Todos los parientes del Sr. de Fremiot, los magistrados y las señoras piadosas de Dijón, se apiñaban alrededor del altar. No debiendo celebrarse el Jueves Santo, según el rito romano, más que una sola Misa en cada iglesia, y debiendo todos los Sacerdotes recibir la Comunión de mano del celebrante, San Francisco de Sales—dice Carlos Augusto,—se puso de rodillas en el salón de la tarima del altar, y en esta postura se arrastró hasta la mitad de él para recibir la Santa Eucaristía, con tan tierna devoción, que hizo llorar á todo el mundo. Parecía su cabeza rodeada de rayos de luz (1), sobre todo en el momento en que el joven Fremiot, con el corazón conmovido y las lágrimas en los ojos, puso la Hostia santa en la boca del santo Obispo. La señora de Chantal vió el prodigio, y llamó la atención de su prima la señora de Esbarres para que lo viese. Era como una aureola cuya luz crecía poco á poco, y deslumbraba los ojos de los asistentes. Júzguese cuánta impresión haría este acontecimiento en la señora de Chantal, y cuánto aumentó en su alma el deseo ardiente que tenía de abrir enteramente su conciencia al bienaventurado Obispo de Ginebra (2).

Después de la santa Misa, el Arzobispo de Bourges dió una comida, á la que fueron convidados los principales de la ciudad y algunas señoras de las más distinguidas. La Baronesa de Chantal estaba colocada junto al Santo Obispo. Durante la comida oyó San Francisco de Sales á la piadosa viuda decir á su

(1) *Historia de San Francisco de Sales*, por Carlos Augusto, página 317.

(2) Véase en el proceso de canonización de San Francisco de Sales, la declaración de Francisco Favre, que estaba presente.

vecina, que se proponía ir en peregrinación á San Claudio, y, tomando la palabra, la preguntó cuándo pensaba verificarlo; añadiendo que tal vez podrían verse allí, porque su madre, la señora de Boisy, había hecho voto de ir también, y no había podido cumplirlo aún por falta de salud; pero que no tardaría en ponerse en camino, que él la acompañaría y tendría mucho gusto en encontrarse con la señora de Chantal. Esta proposición llenó de alegría á nuestra Santa, conmovida aún por el prodigio de que había sido testigo por la mañana.

La semana siguiente, no estando aún de vuelta su director, rogó á San Francisco de Sales la confesase otra vez. El Santo, para probarla, puso alguna dificultad, diciéndola «que las mujeres suelen tener á menudo inútiles curiosidades.» No obstante, consintió al fin, y, mientras la confesaba, se sintió de repente alumbrado con tan vivas luces para la dirección de la señora de Chantal, y con una unión de su alma con la de la penitente, que salió pensativo, no sabiendo lo que esto quería decir.

Probablemente en esta semana fué cuando la señora de Chantal llevó á San Francisco de Sales á la célebre peregrinación de nuestra Señora d'Etang (1). Se cuenta que después de haber subido el Santo el sendero escarpado de la montaña, al llegar á la meseta donde se levanta la humilde capilla, se puso de rodillas á los pies de la milagrosa imagen, y dejó rebosar, en una improvisada oración, todos los sentimientos de fe, piedad y tierna devoción á la Santísima Virgen, de que estaba

---

(1) La señora de Chantal poseía en Fleury, al pie de la montaña de nuestra Señora d'Etang, una casa que subsiste aún. Pertenece al Presidente de la Cuisine, el que, al hacerla restaurar, ha conservado con religioso cuidado los adornos de la época, y ha hecho colocar en la fachada una inscripción, que atestigua que San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca fueron allí juntos.

llena su alma. «Dios te salve—dijo,—dulcísima Virgen María, Reina de los desiertos, Virgen Madre de un Dios oculto, que gustáis de manifestar vuestras misericordias en los lugares apartados del comercio de los hombres; yo os ruego, por las maravillas que vuestra bondad se ha dignado obrar sobre esta montaña, que contiene vuestra imagen milagrosa, que me toméis por hijo y servidor vuestro, y me concedáis todas mis súplicas y las que os hace la señora de Chantal. Dadnos todas las virtudes, y sobre todo la humildad» (1).

Al día siguiente al Domingo de Cuasimodo, San Francisco de Sales, que debía salir muy pronto de Dijón, fué á visitar á la señora de Chantal para despedirse, y después de muchas, santas y cordiales palabras: «Señora—le dijo con un tono grave y dulce que no pertenecía sino á él:—Dios quiere os hable con toda confianza. Su bondad me ha hecho la gracia de que en el momento en que subo al altar para celebrar el Santo Sacrificio, no tengo ya pensamiento ninguno que me sirva de distracción; pero hace algún tiempo que vuestro recuerdo me viene á la imaginación, no para distraerme, sino para unirme más á Dios, y yo no sé qué es lo que quiere hacerme entender con esto.» Añadió otras muchas cosas con un sentimiento grave, y profundamente atento á la presencia de Dios. Después llamó la Santa á sus cuatro niños, los hizo poner de rodillas, y le suplicó los bendijese; el Santo los acarició y bendijo, bendiciendo también á su madre, y dejó á ésta llena de un ardiente deseo de entregarse enteramente á Dios.

Al otro día partió San Francisco de Sales, pero al subir al carruaje, en la plaza de San Esteban, se vió rodeado de un inmenso gentío que quería recibir su

---

(1) No citamos sino algunos trozos de esta larga improvisación, que se encontrará en el P. Dejoux, *Historia del milagroso cuento de nuestra Señora d'Etang*, por el P. Dejoux, Provincial de los Padres Mínimos del Ducado de Borgoña.—Dijón, 1726, en 8.º, pág. 89.